Mi marcha a Valencia

Parecía que septiembre no iba a llegar nunca pero llegó. Entonces me invadió una tristeza. Mi marcha a Valencia era cuestión de días.

Para cuando llegaran las primeras lluvias otoñales, ya no estaría allí para acompañar a mí tío al campo y percibir el olor a tierra mojada. Aquello me producía una cierta nostalgia.

La primera vez que interioricé la ciudad de Valencia fue en casa de mi tía. Mi prima, algo mayor que yo, desplegó un mapa de España, y fue señalando el recorrido que tenía que hacer hasta llegar a la ciudad de Valencia. Aquí está

Valencia, bañada por el Mediterráneo. Tienes que saber que es la tierra de las flores, de la luz y del amor. Allí vas a encontrar muchos parques, hermosos y llenos de flores.

Y por fin llegó el examen de ingreso, aunque le recuerdo vagamente. Sólo recuerdo que te examinaba un tribunal de profesores que no conocías. Tenías que pasar uno por uno. Pero el requisito en que más nos insistían era el del examen escrito. Tan sólo se permitían tres faltas de ortografía. Con más de tres, suspendías el examen y ya no podía ir a Valencia.

Al superar el primer escollo, comenzó mi marcha hacia lo desconocido.

Atrás dejabas familiares, amigos, colegio, costumbres, cultura,…, empezaba para mí una nueva vida. Al llegar, me encontré con otra cultura, otra lengua, otra forma de ser. Tal vez por eso comencé a escribir un diario. Era como un

refugio. Como decía Oscar Wilde: “Se escribe para ser otro”.

No te olvidarás de nosotros. Fue la frase que fui escuchando los últimos días.

Sin embargo, la carga emocional estaba tan arraigada en mí, que siempre viajó conmigo de ciudad en ciudad, permaneciendo inalterable por muchos cambios y mudanzas que se produjeran en mi vida.

Al llegar, una sensación positiva fue la luz y me acordé de mi prima que ya me lo adelantó: “Valencia es la tierra de la luz”. Yo venía de una vivienda en la que las ventanas eran pequeñas y las nieblas otoñales se prolongaban por lo que apenas veía la luz, ni el sol. Después venían las lluvias invernales, que por aquellos años se prolongaban mucho y pasaba un tanto de lo mismo. Por el contrario en Valencia el colegio estaba muy bien orientado. El ala en que hacíamos vida siempre tenía un sol y una temperatura tan agradable que transmitía alegría y buen humor. El invierno igualmente era dulce y sin nieblas, con muchos días de sol, además de caldear el ambiente encendía el espíritu de las personas.

En el Colegio de Nuestra Señora de la Misericordia de Valencia, había más de seiscientos alumnos internos, la mayoría abandonados por sus padres, que bajo el amparo de la Diputación Provincial de Valencia, se les recogía para recibir una educación y enseñarles un oficio. En definitiva, se les preparaba para poder integrarlos después en la sociedad.

Recuerdo la forma tan peculiar de enseñarnos a nadar. Al día siguiente de estar allí, nos pusimos en una cola interminable hasta que llegabas al control, que eran dos Hermanos de la Comunidad que te preguntaban si sabías nadar.

De nada sirvió decir que no. Entre los dos me cogieron y me lanzaron a la piscina como si fueras un saco de patatas. Lo más curioso es que todos los alumnos salían por sus propios medios sin rechistar y de golpe desaparecía el

miedo al agua. Después, una vez ya tenías confianza en ti mismo, mejorar el estilo sólo era cuestión de días. Así funcionaban las cosas entonces.

Si admito que los primeros días para mí, el cambio fue brutal, también tengo que decir que enseguida te adaptabas a la dinámica establecida.

Allí nos tocaba escuchar misa y rezar el rosario a diario. Se practicaba el silencio en todas partes.

La religión, la urbanidad, la enseñanza de la Biblia, tanto del Nuevo como del Viejo Testamento era básico en nuestra formación. Al final acababas aprendiéndote los pasajes de los evangelios de memoria.

Cuando empezaba el curso, vivíamos separados del mundo de los internos. Sin embargo, me llamaba la atención, ver desde las ventanas de nuestro edificio

como colocaban a los internos en las pistas de juego, formando unas filas perfectas y simétricas y con la mano levantada se cantaba el himno del Régimen. No importaba la estación del año ni la climatología, cada día se repetía la misma acción.

A nosotros que vivíamos separados, nos educaron en la exigencia y la responsabilidad. En resumen, nos preparaban para ser humildes y responsables.

Sin duda hubo momentos de todo, sin embargo, cuando pasa el tiempo y recuerdas la infancia, sólo permanecen en tu mente los recuerdos buenos.

 **Mi marcha a Valencia**.

 Breve resumen del libro “**El otoño de los recuerdos**”

 José Luis Pablo Sánchez